
PARTE SEGUNDA

DE NUEVA-ORLEANS A NUEVA-YORK.

CAPITULO I.

EL GRAN CAMINO DE JACKSON.

I.

Nueva-Orleans me despidió con una lluvia fría. Entré á un wagon á las cinco de la tarde. Mis compañeros de viaje estaban ya presentes. Una *lady* que hacia lucir sus robustas piernas cubiertas con una media azul; un matrimonio que se entregaba á todas las delicias de la luna de miel; un individuo lampiño y bien acondicionado, ministro, sin duda, de algun culto; otro de barbas rubias sobre las que el sol reflejaba, cual si fueran espejos; dos madres con sus niños (cuadro el más poético, pero tambien el más incómodo á los vecinos); dos jóvenes alegres; un periodista del Wisconsin; varios comerciantes; un industrial de 350 libras de peso: aquel hombre habria tenido que pagar dos asientos en una

diligencia, y hubiera sido insufrible para una mula de carga.

II.

La locomotora pronto nos alejó de la ciudad. A las siete y media estábamos ya en Hammond, á 53 millas. El tren se detuvo algunos minutos para que tomásemos una ligera cena. Aquello fué una especie de *sálvese el que pueda*. Los vasos de leche, las tazas de café, los bizcochos y mantequilla desaparecían ante aquellos estómagos necesitados, como en un abismo sin fondo. Era preciso concluir pronto. La campana se hacia oír y el convoy empezaba á ponerse otra vez en movimiento.

III.

Volvimos á colocarnos junto á las ventanillas. Las selvas de la Luisiana iban desfilando ante nosotros, cual si una mano invisible empujase esa mole inmensa de árboles gigantescos. Ya pasábamos corrientes de agua; ya distinguíamos la luz de algunas casas, como si fuesen luciérnagas perdidas entre los bosques; ya llegábamos á una estacion, pequeño grupo de barracas, donde únicamente algunos empleados de la línea aparecían con sus linternas.

IV.

Al través de las tinieblas podía descubrirse algo de la vegetacion de los terrenos que recorriamos. Mr. Johnson me habia dado, pocos dias antes, algunas noticias sobre las provincias en que los botánicos han divi-

dido los Estados-Unidos. No teníamos que ver la region de las acacias, que se extiende á lo largo de los Grandes Lagos y del San Lorenzo. El camino cruzaba la zona apalachina, la cual comprende todos los Estados del Atlántico, al Sur del 43° grado de latitud, y se prolonga al Este hasta el límite de las *praderas*.

V.

Cerca del Mississippi existen más bien grandes bosques de esencias particulares, que variedades en gran número. El algodouero abunda cerca de los cursos de agua; el ciprés se encuentra en los pantanos; en los terrenos bajos crece la *magnolia grandiflora*. Las esencias más notables de las selvas son el catalpa, el plátano y el ciruelo, hallándose tambien con abundancia el naranjo, el limonero y la higuera. Entre las plantas trepadoras la viña Catawba es la que merece especial mencion.

VI.

Pero la region del Mississippi, me habia dicho Mr. Johnson, no es sino una de las subdivisiones de la zona de los Apalaches. Más adelante, cerca del Ohio, hallará usted meniantos, oxiacantas, un arce dulce, la achicoria septentrional y la morera roja; y al acercarse á los Alleghanies, observará usted que los árboles verdes son raros, que no hay más que tres especies de pinos y un abeto, que los característicos de esa region son la encina, el castaño, la haya y el nogal, y que entre los arbustos dos especies de zumaques son los principales.

VII.

Una llave que se abría encima de mi cabeza interrumpióme en este repaso de mi lección de botánica. Las camas iban á prepararse. De una especie de alacena establecida en la parte superior del wagon, se extraían sábanas, colchas, cobertores y almohadas. Los sofás recibían nuevas tablas con cojines, que los convertían en cómodos lechos. Un criado arreglaba todo cuidadosamente. Pero ¡qué es lo que veo! el americano, cuyo peso he calculado tan escrupulosamente, va á dormir en la tabla de arriba. Voy á morir aplastado. Tentado estoy de proponerle un cambio.

VIII.

La cortina nos cubre y me encuentro al fin solo. ¡Qué dulce es ese estado que precede al sueño! La tierra natal viene á la memoria. Distingo México. ¡Oh patria querida! ¡qué tu imagen sea la última que se borre de mi alma!

CAPITULO II.

CONTINUACION DEL ANTERIOR.

I.

¿Es acaso una ilusión de óptica lo que tengo á mi vista al despertar? Preciosas casas de campo, tierras que comienzan á labrarse despues de haber arrojado de su

seno una cosecha abundante, bosques poetizados por un cielo triste y ceniciento, pequeños negros que admiran el tren desde la puerta de sus chozas, campos hechos color de esmeralda por el trigo naciente, animales que corren escondiéndose entre los matorrales..... Estamos en el Estado del Mississippi: la noche nos ha hecho salvar la distancia y nos hallamos ya á 380 millas de nuestro punto de partida.

II.

El almuerzo tiene lugar en Grand Junction y la comida en Milan. Se diría que se trata de un viaje por el antiguo continente. Granada, Milan; pronto vamos á llegar al Cairo. Pero, ¿y esa inundacion? No es la del Nilo. El *padre de los rios* se ha acordado de su nombre y cansado de su lecho de arcilla dura viene á buscar en la campiña sitio más cómodo.

III.

Enorme corriente de agua dispuesta por la naturaleza para regar el valle, al traspasar sus límites naturales, ¡cuántos desastres ocasiona! Por donde quiera troncos arrancados, casas destruidas en las que ha llegado el agua hasta el techo y de las que se sacan los muebles en botes. Apenas se ve el ramaje de los árboles y la cabeza coronada de aisladores de los postes de los telégrafos. La misma vía sobre que caminamos, no obstante su altura sobre el nivel del suelo, no está exenta de peligro, y los durmientes chapalean en el lodo crugiendo bajo el

peso, y la tierra reblandecida amenaza á cada momento hundirnos.

IV.

Al fin no es posible continuar sino embarcándonos. Un pequeño buque nos viene á recibir. Empezamos á cruzar las aguas, dejando el Cairo á alguna distancia, y dirigiéndonos sin tener más puntos de mira que las florestas retratadas fielmente en el rio, cual si los antípodas se hubiesen adherido á nuestras plantas.

V.

Esos lugares fueron, en los años de 61 y 62, teatro de memorables sucesos. Los confederados del Sur ocupaban al principio todo el Bajo Missisipi, desde la desembocadura hasta cerca del Cairo: pronto comenzaron á perderlo. El 1° de Marzo de 1862 Columbus fué evacuado á consecuencia de los triunfos de los unionistas en Mill-Spring y Fuerte Donelson. Nuevo-Madrid fué tomado por el general Pope el 14 del mismo mes, y la flotilla del Comodoro Foote atacó la isla núm. 10, el 16. Las obras de defensa eran considerables. Las cañoneras, colocadas en lugar donde la corriente es rápida, no podían atacar las baterías en posicion conveniente. El general Pope, detenido por la inundacion que cubría el país, estaba imposibilitado de apoyar por tierra el ataque de la escuadrilla. A pesar de esto, la isla capituló en la noche del 7 al 8 de Abril: los federales hicieron 6,000 prisioneros y se apoderaron de 124 cañones.

VI.

Casi al mismo tiempo el cuerpo principal del ejército de Oeste, bajo las órdenes del General Grant, avanzó contra la posicion confederada de Corinto. A algunos kilómetros de esta plaza tuvo efecto la famosa batalla contra Bauregard y Johnson, en la cual este último fué muerto. Corinto no fué evacuado sino hasta el 30 de Mayo. Mas antes el Comodoro Farragut habia ocupado Nueva-Orleans, rompiendo la cadena arrojada entre los fuertes Jackson y San Felipe, y Menfis era amenazada por la flotilla al mando del capitan Davis.

VII.

Baton Rouge habia sido ya tomado. Menfis capituló en Junio. Wicksburg fué la plaza que resistió más tiempo. Bajo sus cañones fué á anclar el "Arkansas," despues del triunfo que obtuvo cerca de la confluencia del Missisipi y el Yazoo.

VIII.

Habiamos tocado la tierra del Illinois y nos dirigiamos con toda precipitacion hácia Odin y Cincinnati. El agua nos habia dejado sin cena.—Pero esto no es posible, me decia mi compañero de seccion (el de las 350 libras); estoy con hambre y este maldecido tren no se detiene.

IX.

Al tiempo que esto me indicaba, un gran estruendo de platos, vasos y botellas, se oia en el *sleeping-car in-*

mediato. Familias precavidas, que marchaban con un buen abastecimiento de provisiones, se entregaban allí á todos los placeres de la mesa, y los pollos y jamones eran devorados en abundancia.

X.

A la verdad, tener hambre en el centro de Asia ó Africa no seria extraño; pero en el centro de los Estados-Unidos..... No se había querido gastar algunos minutos en la cena de los pasajeros, y habíanse perdido horas enteras en otros incidentes de viaje. A la mañana siguiente estábamos en Cincinnati.

CAPITULO III.

LA CIUDAD PRINCIPAL DE OHIO.

I.

Cincinnati es color de humo, así como Cádiz es color de plata y Granada color de esmeralda. Las poblaciones dejan á primera vista cierta impresion imborrable en el espíritu. Cincinnati deja la marca de las nubes que la cubren, producidas por las chimeneas de sus fábricas y barcos, así como se ha dicho que Munich toma el azul claro de la *myosotis* y que Cartago se colora con el matiz falso y pálido de sus arenas.

II.

En medio de aquella atmósfera ennegrecida se extiende un ancho cinturón de plata. Es el Ohio. Viene desde Pittsburgo, donde ha recibido las aguas del Alleghany y del Monongohela. Las montañas que lo han acompañado en su curso se retiran allí en semicírculo para formar el valle en medio del que la ciudad está construida, la cual queda así rodeada de alturas cubiertas de árboles y viñas, constituyendo un espléndido anfiteatro. El río da desarrollo á un comercio activo. La importacion de granos y harinas es considerable. Las fábricas de sus orillas manufacturan los productos de las selvas y de las minas, para distribuirlos despues en el interior, y cargamentos de jabon, velas de cera y estearina, zapatos, albayalde, colores, aceites, puerco salado y cerveza, se embarcan constantemente en aquellas aguas ó toman la direccion de los muchos ferrocarriles de que aquella ciudad es el centro.

III.

Paréce increíble el incremento prodigioso que ha tenido esta poblacion. En 1787 era casi un desierto, cuando el juez Symmes, su fundador, compró una vasta extension de terreno en una comarca habitada únicamente por indios. A principios del siglo, el número de habitantes no pasaba de 400; en 1820, subia á 9,600; en 1840 á 46,500; y á 200,000 en 1860.

IV.

Dos de mis compañeros de ferrocarril se habían detenido conmigo; Charles, un joven de Nueva-York y Mr. Cohn, un comerciante de Baltimore. Charles tomó á su cargo el programa: la peluquería, el almuerzo, recorrer la ciudad, ir al puente; todo lo arregló en un momento. Disputó con el cantinero sobre la calidad de la cerveza y con el dueño del restaurant sobre el sabor del pescado. Nos habló de un observatorio establecido por el astrónomo Mitchell sobre el monte Auburn. Quiso que visitásemos las iglesias que la ciudad tiene, varias bibliotecas, dos escuelas de teología y seis de medicina, un hotel que igualaba, según él decía, el palacio de un príncipe y, por último, que en la noche asistiésemos á cuatro teatros ingleses y un alemán.

V.

Mr. Cohn no estaba dispuesto á aceptar este programa. Prefería atender á un perro, que llevaba siempre consigo, y referir las hazañas y muestras de inteligencia de este animal sagaz, valeroso y fiel. Todas las cualidades tenía Robert, al decir de su dueño.—Es mi amigo verdadero, exclamaba Mr. Cohn, el único que no me abandonaría en una bancarota. Tiene un solo defecto; es delicado para la comida. Días hay en que no quiere carne, desprecia el pan, ve con indiferencia la leche.... Si sigue así, tendré que mantenerlo con pasteles.

VI.

Robert parecía que había escuchado estos reproches de su amo. Aún no acababa éste de pronunciar sus últimas palabras, cuando entró con un gran hueso en la boca, desenterrado sin duda en algún muladar, agitando la cola en señal de contento.—¿Son esos vuestros pasteles, Mr. Cohn? preguntó Charles. Todos los que estábamos presentes reímos de la ocurrencia. Nuestro interlocutor, no pudiendo continuar la conversación sobre su perro, se decidió á salir con nosotros á expedicionar por la población.

VII.

La ciudad tiene calles anchas que se cortan en ángulo recto, casas de ladrillo y piedra, una magnífica oficina de correos y un puente de hierro sobre el Ohio. Desde la parte media de este último distinguimos el agua correr á nuestros pies, tranquila en una inmensa anchura. Sobre su tersa superficie deslizábanse vapores, remolcando balsas, con sus chimeneas inclinadas para poder pasar los puentes y arrojando rugidos, cual si fuesen monstruos marinos. Al otro lado del puente está Covington, población del Estado de Kentucky. Cincinnati está colocada en el punto en que tres Estados vienen á tocarse; Indiana, Kentucky y Ohio.

VIII.

En la orilla del río se empeñó Mr. Cohn en hacernos

conocer los adelantos de Robert en el arte difícil del buceo. Arrojó una piedra al río: inmediatamente Robert se lanzó zambulléndose y reapareciendo pronto en la superficie con la piedra en la boca. Charles se entusiasmó ante esta prueba de destreza. Buscaba algo que arrojar, cuando un golpe de viento precipitó el sombrero de Mr. Cohn hacia la mitad de la corriente. Robert lució otra vez su habilidad, luchando contra la fuerza de las aguas. Pudo al fin alcanzar el sombrero, volviendo á la ribera á recibir nuestros cariños.

IX.

Llegó al fin la hora de la partida. Nos dirigiamos á la estacion á toda prisa. En esos momentos se le ocurrió á Robert perseguir á no sé qué animal y fueron en vano los gritos de su dueño. Charles y yo tomamos el tren precipitadamente. Mr. Cohn prefirió perder aquel viaje á dejar á su inseparable compañero.

CAPITULO IV.

ENTRE EL OHIO Y EL DELAWARE.

I.

La flora de los Estados americanos del Centro y del Nordeste comprende principalmente algunas compuestas y rosáceas. El *diente de leon* muestra su amarillo bri-

llante. La milhoja ocupa los bordes de los caminos y las márgenes de los campos. El girasol recuerda México. Las rosas traen á la memoria las guerras entre las casas de York y de Lancaster y la creencia antigua de que fueron rociadas con la sangre de Vénus.

II.

Rioja, uno de los mejores poetas líricos españoles, ha dedicado una de sus bellas silvas á estas reinas de las flores y encanto de las praderas. "Pura, encendida rosa, dice, émula de la llama que sale con el día ¿cómo puedes nacer llena de contento, si sabes que la edad que el cielo te ha dado es apenas un vuelo breve y veloz? En vano serán las puntas de tus ramas y tu púrpura hermosa á detener la ejecucion del hado: presto serás despojo de la llama ardiente..... El amor te ha dado plumas blandas de sus alas para las hojas de tu seno, oro de sus cabellos para tu frente; Vénus te bañó en el color de su sangre, y esto no obstante, purpúrea flor, el rayo agudo te robará tu color y tu aliento, y aun no tenderás tus alas abrasadas cuando ya volarán al suelo..... Tan cerca está de tu morir la vida, que dudo si esas lágrimas de la aurora son por tu nacimiento ó por tu muerte.

III.

Al atravesar los Alleghanies, la *sacra Jovis quercus* de Ovidio, alterna con los abetos y con los pinos. Se pueden formar coronas para premiar todas las virtudes